

**XXV ANIVERSARIO
DEL
TRATADO DE TLATELOLCO**



Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos

EL DESARME EN EL FIN DEL BIPOLARISMO

*Miguel Marín Bosch**

El Tratado de Tlatelolco es uno de tres instrumentos multilaterales en vigor que establecen sendas zonas libres de armas nucleares. Al igual que los acuerdos sobre la Antártida y el Pacífico Sur, el Tratado de Tlatelolco persigue fundamentalmente dos objetivos: asegurar la ausencia total de las armas nucleares en los territorios de las partes y procurar —mediante compromisos jurídicos contraídos por los estados poseedores de armas nucleares— que dichas armas jamás serán utilizadas en contra de sus poblaciones. La idea es multiplicar las zonas hasta cubrir toda la Tierra.

Hasta mediados de 1945 el mundo fue una zona libre de armas nucleares. Desde entonces se han producido y diseminado por todo el planeta más de 50,000 ojivas nucleares. La proliferación de esas armas ha sido vertical (arsenales cada vez más sofisticados), horizontal (aumento en el número de estados poseedores de armas nucleares), y geográfica (en los mares, los cielos y en los territorios de otros países).

Hace 50 años, a principios de la década de los cuarenta, varios países se apresuraron a fabricar una bomba atómica. Podría decirse, en efecto, que la proliferación nuclear empezó entonces, en esa búsqueda del secreto del átomo con fines bélicos en los laboratorios universitarios y luego militares de Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, Alemania y la entonces Unión Soviética. La construcción misma de la bomba fue cosa de tiempo.

Lo anterior debe tenerse en cuenta al abordar los temas de la abolición de las armas nucleares y del desarme en el fin del bipolarismo. En materia de desarme nuclear, las preguntas que se imponen en los noventa siguen siendo las mismas que se formularon en 1945 cuando hicieron su trágica aparición las armas atómicas. La diferencia estriba más bien en las respuestas que a esas preguntas se puedan dar en 1992. Lo que aquí se plantea es la imposibilidad de abolir no sólo las armas nucleares sino los conocimientos científicos y las tecnologías necesarias para construir un artefacto nuclear.

De 1945 a 1949, Estados Unidos tuvo el monopolio de armas nucleares. En esa época, y aún después del ingreso de la URSS al club nuclear, se pensó en la posibilidad —algunos la calificaron de necesidad— de destruir los modestos arsenales entonces existentes y evitar así la proliferación de dichas armas. Pero las armas nucleares sí proliferaron y con el tiempo proliferaron también los conocimientos científicos y tecnológicos. Hoy en día, si bien son pocos los estados que han declarado públicamen-

* Representante permanente de México ante ON en Ginebra, Suiza.

te poseer armas nucleares, hay decenas de países que disponen ya de esos conocimientos y tecnologías. Abolir pues las armas nucleares se antoja tarea imposible.

El mundo de 1992 es un mundo muy distinto al de hace apenas unos años cuando se empezaron a desencadenar los eventos que, a finales de diciembre pasado, culminaron en la disolución de la Unión Soviética. El costo social y económico de estos cambios es imposible de calcular y los riesgos del desmantelamiento político de una de las dos superpotencias militares son fuente de preocupación generalizada. De un día para otro, el número de estados poseedores de armas nucleares ha pasado de cinco o a ocho (Belarús, Kazajstán y Ucrania). De un día para otro, el proceso bilateral de desarme nuclear acordado en 1991 se ha complicado y, pese a la intención declarada por los nuevos estados independientes de deshacerse de dichas armas, se han multiplicado los problemas para su reducción y eventual eliminación. ¿Cómo se pondrán en marcha las disposiciones de un tratado negociado bilateralmente cuando ahora son por lo menos cinco los interlocutores directamente afectados? El problema no parece tener una solución aritmética, ya que la suma de las partes de lo que fue la URSS ya no equivale a un todo.

Con la desaparición del Pacto de Varsovia, los miembros de la Organización del Tratado Atlántico Norte están tratando de redefinir sus estrategias militares. Algunos ya han empezado a reducir sus gastos y efectivos militares con miras a pasar de ejércitos y armamentos para defenderse de un posible ataque en su propio territorio a fuerzas de movilización rápida. Esto último fue una de las lecciones de la guerra del Golfo.

En abril se reunirán los ministros de defensa de los miembros de la Organización del Tratado Atlántico Norte con sus homólogos de los países del ex Pacto de Varsovia. Ese encuentro servirá para acercar posiciones en torno a futuras estructuras militares en Europa. En la esfera política, al desaparecer el campo socialista en Europa, se han borrado las diferencias ideológicas y se vislumbra ya una mayor uniformidad de pensamiento.

Lo que se busca hoy es un proceso ordenado y transparente de desarme nuclear. Para ello es necesario detener la producción de material fisiónable (cosa que ya está ocurriendo) y cesar los ensayos nucleares (cosa que la URSS se vio obligada a decretar y que Estados Unidos tendrá que hacer también más temprano que tarde). Pero aun así el desarme nuclear enfrenta serios obstáculos.

Las medidas unilaterales anunciadas por el presidente Bush en septiembre del año pasado son importantes, como lo fueron también las contrapropuestas del presidente Gorbachov (endosadas luego por el presidente Yeltsin). Pero los retos se siguen multiplicando. Por un lado, hay dudas acerca de quién tiene el control efectivo de esas armas en la ex Unión Soviética (y ya hay quienes añoran el orden predecible que significó la guerra fría). Por el otro, suponiendo que se logre iniciar la destrucción de los proyectiles nucleares, proceso que durará una década, ¿qué se hará con el material nuclear existente?

Se calcula que en la ex Unión Soviética hay unas 100 toneladas de plutonio, 500 de uranio altamente enriquecido y más de 30 kilos de tritio. Estados Unidos posee más o menos las mismas cantidades. Son pocos los usos pacíficos del tritio, pero tiene la ventaja de que desaparece (o se semidesintegra) en doce años y medio. El uranio enriquecido, que tiene una vida de más de 700 millones de años, puede ser reciclado hacia fines civiles (reactores, etcétera) y se calcula que cada una de las 20,000 cabezas nucleares que tiene la ex Unión Soviética vale alrededor de 300,000 dólares. Estamos hablando de un valor comercial teórico de unos 6,000 millones de dólares. De ahí que haya algunos rusos que estén pensando en vender ese uranio. El plutonio, en cambio, es un material altamente letal con una vida de 24,000 años y sin ningún otro uso que el militar. Es tan difícil de almacenar que se ha pensado incluso en depositarlo en el sol.

Estados Unidos ya ha ofrecido unos 400 millones de dólares para dismantelar el arsenal nuclear y químico de la ex Unión Soviética. Alemania y Japón, así como Francia, también habrán de ayudar. Pero el costo del desarme nuclear será enorme y el proceso lento. Durante muchos años no habrá dividendo de paz. Mas aún, no existe todavía un compromiso para eliminar todas las armas nucleares. Estados Unidos ha indicado que piensa conservar unas 4,000 a 5,000 ojivas, mientras que Rusia ha sugerido un tope de 2,500.

Cómo desahacerse del material nuclear es un problema cuya solución aún no se vislumbra. Y ¿qué harán los miles de científicos y técnicos de la ex Unión Soviética que ya están desempleados y qué harán sus colegas de Estados Unidos que pronto también lo estarán? Se avanzan diversas propuestas. Algunos dirigentes de Estados Unidos han sugerido contratar a los ex soviéticos antes de que lo hagan ciertos otros gobiernos. Pero, ¿para qué se van a contratar rusos cuando sus propios científicos están en peligro de perder su empleo? La respuesta que dieron recientemente algunos de los dirigentes del programa de la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI), fue ésta: que, para empezar, el Congreso de Estados Unidos autorizara el gasto de 50 millones de dólares para comprar equipo espacial y contratar a unos mil técnicos rusos para ese programa. Por cierto, el presidente Yeltsin no sólo quiere que se intensifique el otrora inaceptable programa SDI, sino que Rusia participe también en el mismo. En Estados Unidos se calcula que, con la compra de tecnología soviética, el costo de la SDI se reduciría en unos 4,000 millones de dólares a la vez que se ayuda a la economía rusa. Éstas y otras propuestas han sido rechazadas por algunos funcionarios pero no por todos.

El problema es parecido al que surgió en 1945 con los científicos y técnicos alemanes, sobre todo los que habían trabajado en el programa del proyectil V-2. Entonces, tanto la URSS como Estados Unidos, los reclutaron y pudieron así acelerar sus respectivos programas espaciales. ¿Se repetirá la historia? La respuesta es que sí. No se puede impedir el desarrollo de la ciencia y la técnica. Quizás se logre detenerlo un tiempo, en éste o aquel país, pero no se puede detener en todos y para siempre. Así lo demuestran los avances logrados por Iraq en materia balística y

nuclear, a pesar de ser parte en el Tratado de No Proliferación y de recibir las visitas periódicas de los inspectores del Organismo Internacional de Energía Atómica. De ahí que se esté intentando obligar a Iraq no sólo a destruir sus arsenales y proyectiles sino a dejar de estudiar y hasta pensar en la materia. Y eso simplemente es imposible.

El caso de Iraq demuestra también cuán inadecuadas son las medidas adoptadas unilateralmente por los llamados carteles de proveedores como el *Nuclear Suppliers Club*, el *Missile Technology Control Régime* y el *Australia Group* (materiales químicos y biológicos), todos ellos encaminados a imponer restricciones a la exportación de equipo y tecnología.

La seguridad internacional no se logrará mediante medidas unilaterales para evitar la proliferación horizontal de armas cada vez más sofisticadas y de tecnologías avanzadas. Tampoco se logrará con fuerzas de movilización rápida encaminadas a intervenir militarmente en aquellos países que para algunos representan una amenaza. La comunidad internacional debe contar con los mecanismos necesarios para sancionar a los violadores de las reglas del juego de no proliferación. Para ello es menester que todos los países se pongan de acuerdo sobre esas reglas. Hasta hoy no existe un tal acuerdo. Resulta indispensable, por tanto, entablar cuanto antes un diálogo multilateral que abarque todos los aspectos de esas reglas con miras a lograr un entendimiento amplio y duradero. Entonces se habrá constituido un régimen universal y genuino de no proliferación. Las armas nucleares y otras armas de destrucción en masa, así como la tecnología de proyectiles, no se podrán abolir pero cuando menos se habrán controlado de manera acordada por todos.
